

Miguel de Unamuno: del hombre al filósofo

Miguel de Unamuno: from Man to Philosopher

Texto recibido: 2 de julio de 2016
Texto aprobado: 28 de agosto de 2016

Por: Camino Aparicio Barragán
FFyL, UNAM*

Resumen:

El predominio de la tradición anglosajona en la filosofía actual ha hecho que caigan en el olvido muchos importantes filósofos de lengua española. Ante este hecho, es necesario rescatar y dar a conocer –tanto a profesores como a alumnos– a estos autores, entre los que se encuentra Miguel de Unamuno. En el año 2014 se conmemoró el 150° aniversario de su nacimiento y, con ese motivo, se me presentó fundamental dar a conocer algunos de los datos más relevantes de la vida y la obra de este insigne filósofo español para difundir su pensamiento entre la comunidad académica y estudiantil.

Palabras clave: hombre, filosofía, muerte, teatro.

Abstract:

Due to the dominance of Anglo-Saxon tradition in contemporary philosophy, many important philosophers of Spanish language have faded into oblivion. Given this fact, it is necessary to recover and spread, for both teachers and students, these authors's works. Miguel de Unamuno is one of them. In 2014, his 150th birth anniversary was commemorated; for that reason, I considered fundamental to announce some of the most relevant information about his life and philosophy to the school community.

Keywords: man, philosophy, death, theater.



https://commons.wikimedia.org/wiki/File:3AMiguel_de_Unamuno_Meurisse_1925.jpg

* Licenciada en Filosofía por la Universidad de Salamanca, obtuvo una beca Séneca para estudiar en la Universidad Autónoma de Barcelona. Maestra en Filosofía por la UNAM y actual egresada del Doctorado en Filosofía también por la UNAM. Sus líneas de investigación son: Miguel de Unamuno, Filosofía Iberoamericana y existencialismo. Correo electrónico: kamino_18@hotmail.com.

“Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo” (Unamuno, 1958, Vol. xvi, p. 141), nos dice Miguel de Unamuno; y añade: “lo que en un filósofo nos debe más importar es el hombre” (Unamuno, 1958. Vol. xvi, p. 129). Así pues, en el marco del 150º aniversario del nacimiento de don Miguel (1864-1936) que se conmemoró en 2014, quisiera seguir la propia indicación del pensador vasco y presentar algunos aspectos del hombre Miguel de Unamuno que nos permitan acercarnos a los aspectos más cotidianos y anecdóticos de su vida y, a su vez, nos permitan también entender mejor los principales aspectos de su obra y su filosofía.

Del hombre...

Uno de los acontecimientos más importantes de la infancia de Unamuno es sin duda el fallecimiento de su padre cuando él contaba con tan sólo seis años de edad. La falta del padre desde una edad tan temprana hizo que la influencia mayoritaria la recibiese Unamuno de su madre, una mujer profundamente abocada a la religión tras enviudar, que definió –en no poca medida– la peculiar y conflictiva religiosidad del Unamuno adulto.

Los escasos recuerdos que de su padre le quedaron marcaron, eso sí, dos aspectos de necesaria consideración: en *Mi visión primera de Méjico* (Unamuno, 1958. Vol. x, pp. 144-148) y *La biblioteca de mi padre* (Unamuno, 1958. Vol. x, pp. 425-428), confiesa Unamuno que el recuerdo más claro que le quedó sobre su padre es el de ver a éste en la sala de su casa hablando con otro hombre en una lengua extraña –francés–. Este impacto avivó desde la niñez el interés del escritor bilbaíno por aprender múltiples lenguas, lo que le permitió leer a la mayoría de los filósofos en sus lenguas originales y le llevó también a realizar no pocas traducciones¹.

Por otra parte, en estos mismos artículos, Unamuno hace mención del tiempo en que su padre vivió en México, concretamente en la ciudad de Tepic, y de los objetos que conservaba de este país. Así, Unamuno tuvo entre sus primeras lecturas a Clavijero y entre sus primeros héroes de infancia a aztecas, toltecas y chichimecas. Quiso, nos dice, aprender la lengua azteca y adoptar el calendario maya en su vida cotidiana (pero ambas tareas se le dificultaron mucho).

¹ Entre las que destacan: *El progreso: su ley y su causa* de Spencer, *Cuatro ensayos sobre España y América* de Humboldt o *Sobre la voluntad en la naturaleza* de Schopenhauer.

Niño sumamente inquieto y a la vez enfermizo, le recomendaron practicar gimnasia y dar paseos diarios para fortalecer su cuerpo y aplacar su espíritu; parece que el remedio fue efectivo, pues lo adoptó desde niño como una costumbre diaria que no perdonó un sólo día –salvo las últimas semanas de su vida, cuando estaba recluido en su domicilio tras proclamarse en contra del levantamiento de Francisco Franco.

Poco participativo en los juegos habituales de sus compañeros de escuela, se aficionó muy pronto al dibujo y a la *cocotología* –más conocida como papiroflexia. Se conservan todavía, en lo que fue su estudio, varios dibujos y múltiples figuritas de papel con las que entretenía a sus hijos y que le ayudaban, decía él, a combatir y retardar el reumatismo.

Dando un salto en el tiempo, es interesante mencionar que cuando se doctoró en Filosofía y Letras, en 1884, no acudió a la ceremonia de investidura, y se sospecha que esto se debe a que en dicha ceremonia, en aquel tiempo, era obligatorio jurar la fe en Dios y en la iglesia católica (Colete, 2009, p. 67). Este hecho nos muestra la religiosidad tan peculiar y compleja que profesó Unamuno y datos como éste es necesario tomarlos en cuenta al estudiar los aspectos religiosos de su obra para no caer en la simplificación de considerarlo nada más un católico devoto.

Ya de adulto, tuvo nueve hijos en dieciocho años. La muerte de Raimundo, su tercer hijo, por hidrocefalia a los seis años, la cargará Unamuno durante toda su vida en una calada pero honda tristeza que agudizará tanto sus personales angustias espirituales como sus constantes reflexiones acerca de la muerte en sus ensayos. Con una familia tan amplia, es comprensible que sufriera de constantes problemas económicos, los cuales enfrentó con puestos administrativos tanto en la Universidad de Salamanca como en la política, así como con sus trabajos de traducción y con una vastísima producción articulística (que era la actividad principal que le proporcionaba los ingresos extras tan necesarios).

Como filólogo hizo, entre otras, una importante y extensa investigación sobre vocablos propios de la región salmantina que ha quedado perdida porque, en su momento, ningún editor quiso publicarla debido a la poca rentabilidad de una obra tan especializada y dirigida a un público que consideraban muy reducido.

Interesado siempre en la política, participó activamente como concejal del ayuntamiento de la ciudad de Salamanca y como diputado de la II República Española. Como concejal

su mayor preocupación fue siempre combatir la corrupción, que en el ayuntamiento se manifestaba en el injusto reparto de las subsistencias entre los sectores menos favorecidos y en la falta de asistencia de muchos concejales a las comisiones y sesiones.

Como curiosidades paralelas cabe señalar que siempre estuvo pendiente de la limpieza de la ciudad y de los horarios en los que se realizaba la misma, del control de la velocidad de los automovilistas –que él consideraba excesiva–, y nunca faltaban sus intervenciones acerca del peligro que representaba para la Universidad el que sus profesores se habituasen a una vida de excesivas visitas a los bares, factor, en palabras del propio Unamuno, “de relajación de sus costumbres de estudio y su moral” (Colete, 2009, p. 402).

En general, es conocido su enfrentamiento intelectual con el también filósofo José Ortega y Gasset. Sin embargo, no es tan sabido que Ortega, cuando fue a estudiar a Alemania en 1905, lo hizo gracias a una carta de recomendación de Unamuno y que éste y el hermano de aquél, Eduardo Ortega, mantuvieron una estrecha amistad fortalecida por el mutuo exilio en Francia. Ortega le devolvería el favor a Unamuno años después recomendándolo para el Ministerio de Instrucción Pública –cargo que Unamuno terminó por rechazar.

En 1920, como antesala de su condena al exilio debido a las duras críticas con las que vituperaba al rey y al político –y posterior dictador– Primo de Rivera, Unamuno es juzgado por tres delitos de imprenta (correspondientes a sus tres artículos *El archiducado de España*, *Irresponsabilidades* y *La soledad del rey*) y condenado a dieciséis años y dos días de prisión mayor, y a una multa de mil pesetas².

A su vez, su esposa Concha –de quien Unamuno se enamoró desde que la conoció a los doce años– será arrestada años después, cuando en una de sus visitas a Francia, aprovechó para llevar a España algunos ejemplares de *Hojas Libres*, la revista de Unamuno y Eduardo Ortega que estaba prohibida en España. En realidad se conjetura que el acontecimiento fue un mero pretexto para retirarle a Concha no tanto la revista sino su pasaporte, y dificultarle así las visitas a su marido, que se mantuvo exiliado en Francia durante seis años.

De su exilio hemos de mencionar que fue por orden del dictador Primo de Rivera en Fuerteventura –isla perteneciente a las Islas Canarias–. Después de meses de exilio y

² Hay que señalar que finalmente nunca tuvo que cumplir esta condena.

temiendo las posibles represalias que podía sufrir debido a las insistentes protestas del mundo intelectual por esta condena a Unamuno, éste decide escapar a Francia y solicitar asilo político, pues estar desterrado en la propia España le hacía temer por su seguridad. Así, coincide que el mismo día en que Unamuno escapa de Fuerteventura hacia Francia, Primo de Rivera firma su indulto, enterándose Unamuno de la noticia ya en tierras francesas.

Éstas y otras muchas anécdotas y sucesos son los que constituyen la vida de Miguel de Unamuno, el catedrático, el decano, el rector, el concejal, el diputado, el miembro redactor de la Constitución del 31, el Doctor Honoris Causa por la Sorbona en 1934 y por Oxford en 1936, el nombrado Rector Vitalicio de la Universidad de Salamanca, el Alcalde Perpetuo de la Ciudad de Salamanca y el Ciudadano de Honor de la República.

Pero también son las anécdotas del hombre Miguel de Unamuno, el tercero de seis hermanos, el huérfano de padre, el esposo de Concha durante cuarenta y tres años, el padre de nueve hijos, el amante de la naturaleza, los paseos, la papiroflexia y las ciudades pequeñas; un hombre que no tomaba vino, un hombre que sufrió múltiples crisis espirituales a lo largo de su vida ante la angustia y el tormento de la muerte.



Fotografía: Archivo Histórico del Colegio de Ciencias y Humanidades. S.C.I. 2017

...Al filósofo

El hombre que acabamos de retratar a través de algunos de los más peculiares aspectos de su biografía fue, además, filósofo. Sus estudios, su profesión y sus escritos estuvieron marcados y dirigidos por un tema que inquietó, angustió y atormentó a Miguel de Unamuno a lo largo de toda su vida: la muerte. Qué otro tema encontramos más presente en su obra sino éste, el cual no sólo es una constante en sus escritos, sino que además constituye una especie de pilar sobre el que construyó y desarrolló gran parte de su pensamiento (algunos factores que hemos mencionado, como la temprana muerte de su padre y el posterior fallecimiento de su hijo Raimundo, o su peculiar religiosidad, influyeron notablemente en la insistencia con la que Unamuno reflexionaba acerca de este tema).

El filósofo bilbaíno problematiza la muerte porque, ante la afirmación de ser consciente de su propia existencia, le angustia la idea de que el hombre no pueda concebirse a sí mismo como un ser no existente. El propio Unamuno describe esta experiencia del siguiente modo: “Intenta, lector, imaginarte en plena vela cuál sea el estado de tu alma en el profundo sueño; trata de llenar tu conciencia con la representación de la no conciencia, y lo verás. Causa congojosísimo vértigo el empeñarse en comprenderlo. No podemos concebirnos como no existiendo” (Unamuno, 1958. Vol.xvi, p. 1465). El hombre no puede formarse la idea de su no existencia y esa no existencia es la muerte.



Esta imposibilidad, tan llamativa y tormentosa para Unamuno, va ligada a dos aspectos: por un lado, su preocupación inherente sobre la verdad última del ser del hombre –qué es en verdad este hombre concreto que no puede concebirse como no existiendo– y, por otro, su rechazo a la tradición racionalista. Este último le lleva a anteponer la existencia misma al pensamiento: frente a la teoría cartesiana, Unamuno se niega a aceptar que el pensamiento sea el estadio previo a la existencia y afirma, en oposición a Descartes, el carácter primigenio del *sum* sobre el *cogito*, en lo que podríamos formular como: *sum ergo cogito*.

Esta idea, si bien está presente en multitud de textos, es en *Del sentimiento trágico de la vida* donde Unamuno la explicita cuando, citando a Kierkegaard, nos dice: “ese ser que es idéntico al pensar, no es precisamente ser hombre” (Unamuno, 1958. Vol. xvi, p. 238), así pues, para el filósofo vasco la esencia del hombre, de cada individuo, es la existencia³.

Esta teoría Unamuno la refuerza siempre con una personal y muy peculiar interpretación que hace de uno de los filósofos que más le influyeron: Spinoza. La influencia del filósofo holandés sobre el español está presente a lo largo de toda la obra de este último. Unamuno toma, retoma y cita en muchos de sus textos a Spinoza, principalmente las proposiciones sexta, séptima y octava de la parte III de su *Ética* –las cuales aparecen mencionadas en varios escritos de Unamuno–, de las cuales el vasco deriva que si la esencia de un ser es perpetuarse en esa misma esencia y la esencia del hombre es su existencia, entonces la esencia del hombre es perpetuarse en su existencia.

La conciencia, que supone para nuestro autor la existencia misma, es aquello que lo constituye de forma más esencial y, sin lo cual, el hombre muere, se desvanece, deja de ser. La imposibilidad para todo hombre de vislumbrar o imaginar este estado de muerte, aunada a la conciencia primigenia de la propia existencia que cada quien tiene de sí –a través de la autoconciencia– es lo que lleva, en palabras de Unamuno, a un irremediable anhelo de inmortalidad y a un ansia de ser y de ser cada vez más⁴. “Tan gratuito es existir

3 Recordemos aquí que Unamuno es uno de los principales precursores del existencialismo europeo.

4 Dado que cada hombre no puede ser otra cosa que lo que en sí mismo es, este anhelo de ser cada vez más e incluso, de querer *serlo todo* –expresión de muy complejo significado en la filosofía unamuniana–, implica un pleno compromiso con su existencia, sintiendo y viviendo ésta con plenitud, esforzándose en alcanzar virtud y perfección, y dedicando la propia existencia a los otros.

como seguir existiendo siempre. No hablemos de gracia, ni de derecho, ni de para qué de nuestro anhelo, que es un fin en sí, porque perderemos la razón en un remolino de absurdos. No reclamo derecho ni merecimiento alguno; es sólo una necesidad, lo necesito para vivir” (Unamuno, 1958. Vol.xvi, p. 175).

En la necesidad de ser siempre más para no reducirnos a una nada que supondría la muerte, nace para Unamuno el deseo de *serlo todo*, y *serlo todo* implica ser también, además de uno mismo, todo lo demás. El impulso por *serlo todo* viene motivado por el deseo de dotar de contenido a un ser que, al estar más cerca de la nada que del todo –es más todo aquello que no somos, que lo que sí somos– se presenta ciertamente vacío. Ahora bien, el otro –que representa todo aquello que uno no es– anularía el propio ser, esto es, pretender ser algo más de lo que uno es, implica necesariamente dejar de ser entonces lo que en verdad se es, por eso decimos que el otro nos anula en lo que somos.

No obstante, si bien para Unamuno cada individuo tiende a querer ser el otro, no quiere a su vez dejar de ser él mismo. El connotado estudioso de la ontología de Unamuno, François Meyer, describió este problema de la siguiente manera: “Así la conciencia, el serse, implica necesariamente el límite, lo delimitado y lo finito; y la conciencia de sí mismo no se da sino en la conciencia de una distinción y de una oposición a aquello que no es uno mismo” (Meyer, 1962, p. 8) por lo que el otro viene a ser a su vez el garante de la conciencia de uno mismo. Pero a la par, continúa el francés, al reconocer los límites de nuestro ser la sustancialidad del mismo se viene abajo: “Efectivamente, la conciencia misma de nuestra finitud y de nuestra nada despierta en nosotros el dolor, y precisamente este dolor, que sentimos, nos hace, paradójicamente, experimentar que esta nuestra nada, a pesar de todo, existe, y que, de una o de otra manera, nosotros no escapamos ni al ser ni a la desdicha del ser” (Meyer, 1962, p. 44).

Por tanto, si nuestro ser se nos presenta en gran medida vacío –debido a todo aquello que descubrimos que no somos– pero como un ser que efectivamente es, que existe, lo que tenemos en realidad es un ser que inevitablemente quiere ser y cuya única salida es la de dotarse a sí mismo de contenido, la de crearse, llegando así al ente de ficción que Unamuno sostiene que cada uno de nosotros somos⁵.

5 Y que es, en mi interpretación personal, la propuesta más original y personal de Unamuno.

Cada uno se está creando y recreando sin descanso y sin otro fin que el de la muerte. La imaginación se convierte así en la propia voluntad de ser y el ser ficticio en el único ser concreto, esto es, el hombre de carne y hueso. Esta metáfora de la vida como autocreación y como narración de la propia existencia, deja en nuestro autor de ser metáfora para ser la realidad misma⁶. El individuo es como un personaje literario: somos personajes que, en la medida en que vivimos, nos vamos dotando a nosotros mismos de un ser, vamos “inventando” nuestra historia. Nuestra vida consiste en escribir una novela en la que nosotros somos el protagonista. “Persona, en latín, era el actor de la tragedia o de la comedia, el que hacía un papel en ésta. La personalidad es la obra que en la historia se cumple” (Unamuno, 1986, p. 44). La personalidad no es más que la vida que creamos y que se desarrolla en el tiempo. Así, el hombre, al representarse, está haciendo la historia.

Aunado a esto, encontramos que es a través de la conciencia como reconocemos tanto nuestro mundo interior como el mundo exterior, y aquélla no participa ni de uno ni de otro, sino que es ella misma conciencia del conflicto entre ambos. Al ser la conciencia, conciencia de un conflicto, es ésta el “lugar” donde se desarrolla el drama mismo de la existencia (Zavala, 1991). Es el escenario en el que representamos nuestro personaje interior, mientras que la sociedad es en el que representamos el exterior.

Ahora bien, el otro, como se podrá deducir, al interactuar con el individuo que somos, nos constituye en alguna medida, esto es, contribuye de alguna manera a nuestra creación, así como nosotros contribuimos a la suya. Por tanto, nuestra creación no depende sólo de nosotros mismos, sino que el personaje que somos se ve afectado también por el modo en que lo crean los otros que le rodean. De este planteamiento se desprenden, por tanto, dos aspectos complementarios de la obra de Unamuno: por una parte, que somos una ficción –en el sentido de algo que se va creando, pues no somos un todo desde el comienzo de nuestra existencia, sino una conciencia que, al tener conciencia de sí, puede ir creándose y llenándose de contenido. Y por otra, la idea de que los demás también interfieren en nosotros y en nuestra creación (Unamuno, 1968) dado que, no sólo estamos afectados por

6 Él mismo pasó su vida intentado crear a ese *personaje* inmortal que lo liberara de la angustia por la muerte. De ahí, como veíamos en la parte biográfica, que tuviera también tanto interés en destacar en diferentes ámbitos: como académico, como rector de la Universidad, como articulista, como político, etcétera.

los otros, sino que, en cierto sentido, necesitamos de los otros para completar nuestra creación.

Éste es el esbozo del camino recorrido por Miguel de Unamuno desde su personal y tormentosa angustia por la muerte –que lo acompañó en su vida más personal–, hasta la propuesta más original que el filósofo planteó, la del problema de la identidad del individuo. A lo largo de todo ese trayecto están insertos otros temas y problemas filosóficos propios del bilbaíno que darían pie a posteriores análisis: la religiosidad del hombre, el conflicto entre razón y fe, la sustancialidad de Dios, el problema de la soledad, la importancia de la familia y la mujer en los conflictos internos del hombre, la naturaleza y el mar, etcétera. Pero existe un último aspecto de la obra de Miguel de Unamuno que, a modo de conclusión, quiero exponer –por tratarse de una faceta muy desconocida– en esta presentación del filósofo vasco: su teatro.

Por varios años vengo estudiando la obra dramática de Unamuno y su contenido filosófico. Es un género muy desconocido y olvidado en lo que se refiere a los estudios sobre Unamuno y que no fue, sin embargo, menor. Dentro de la vasta obra del filósofo bilbaíno encontramos once obras de teatro originales⁷, una traducción de la *Medea* de Eurípides y los esbozos de múltiples proyectos dramáticos no realizados o no concluidos. Unamuno no sólo cultivó la escritura del teatro de forma constante a lo largo de toda su carrera sino que, además, escribió varios artículos sobre arte dramático y críticas e impresiones acerca del teatro de su época⁸, y tanto las biografías sobre el vasco como su correspondencia publicada muestran el claro y ferviente interés que tenía por ser reconocido como dramaturgo y ver representadas sobre el escenario sus obras (labor, ésta de la dramaturgia, con la que también esperaba aumentar sus ingresos).

En consonancia con este interés manifiesto, la lectura detallada de su teatro completo muestra que desde éste Unamuno explora un nuevo acercamiento a los temas recurrentes de su pensamiento. Si tomamos en cuenta que el filósofo vasco no fue nunca partidario de escribir obras monográficas, sino que los diferentes problemas que le ocuparon aparecen reiteradamente en todas sus obras –ya

7 *La esfinge* (1898), *La venda* (1899), *La Princesa Doña Lambra* (1909), *La difunta* (1909), *El pasado que vuelve* (1910), *Fedra* (1910), *Soledad* (1921), *Raquel, encadenada* (1921), *Sombras de sueño* (1926), *El otro* (1926) y *El hermano Juan* (1929).

8 *La regeneración del teatro español*, *Teatro de teatro*, *Las señoras y el teatro*, *De vuelta del teatro*, *El círculo vicioso teatral*, *Teatro y cine o Hablemos de teatro*, entre otros.

sean novelas, ensayos o poemas– es claro que para los intérpretes y estudiosos se nos hace necesario ir rastreando las diferentes aristas del mismo problema en las diversas obras para obtener una visión panorámica y completa del mismo. Es por ello que, al aparecer todos esos temas recurrentes en sus obras dramáticas, sostengo que el estudio de su teatro es fundamental para la correcta y completa comprensión del pensamiento unamuniano.

En todas las obras de teatro de Unamuno la trama se desarrolla en función de un hombre concreto; nuestro autor se sirve del género teatral para aprehender a este hombre de una forma más integral y directa de lo que lo puede hacer desde la novela o la poesía. Dado que el ser del hombre para Unamuno, como se ha visto, es algo en continuo proceso, es un constante hacerse a sí mismo, el teatro nos presenta, mejor que cualquier otro género, este hacerse:

Quedamos, pues –digo, me parece que hemos quedado en ello...– en que el hombre más real, *realis*, más *res*, más cosa, es decir, más causa –sólo existe lo que obra–, es el que quiere ser o el que quiere no ser, el creador. [...] Y de aquí, del choque de esos hombres reales, unos con otros, surgen la tragedia y la comedia y la novela y la nivola. (Unamuno, 1968, p. 16)

Unamuno pretende captar la realidad, la esencia del hombre, a través de sus personajes; captar, mostrar y él mismo entender al hombre y su conciencia.

El teatro no fue un género más. Si la totalidad de su obra responde al deseo de explicarse ideológicamente, será mediante el teatro donde puede Unamuno expresar su yo más íntimo. Y lo que es más importante. Será mediante el teatro donde pueda Unamuno revelarnos con mayor claridad su ontología. Ontología basada en la autocreación: el hombre como autor, actor y espectador de sí mismo. Creado por los demás y por sí mismo y creador de los demás y de sí mismo. (Zavala, 1991, p. 8)



El tema de la identidad del hombre, presente en *El pasado que vuelve* y en *Sombras de sueño*, los problemas religiosos presentes metafóricamente en *La Venda*, la búsqueda de gloria y reconocimiento de *La Esfinge* y de *Soledad*, el tema de la maternidad como genuino medio de realización de la mujer, presente también en *Soledad* y en *Raquel encadenada*, la multiplicidad de yos, la historia y la intrahistoria..., todos los temas unamunianos están presentes en sus obras de teatro, por lo que, para el completo y más certero análisis de su pensamiento, se presenta necesario tanto el estudio del hombre cotidiano que desarrolló dicho pensamiento –tal como él mismo señala y de lo que me hacía eco al comienzo de esta presentación– como el estudio de su obra completa, incluyendo el teatro, género que, a mi parecer, expresa su yo más íntimo de la forma más clara y sincera.

Referencias:

- Meyer, F. (1962). *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid: Gredos.
- Rabaté, C. y Claude, J. (2009). *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus.
- Unamuno, M. (2008). *Del sentimiento trágico de la vida*. Madrid: Alianza.
- Unamuno, M. (1986). *La agonía del cristianismo*. Madrid: Alianza.
- Unamuno, M. (1968). *Tres novelas ejemplares y un prólogo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Unamuno, M. (1958). *Obras completas*. Madrid: Vergara Editorial.
- Zavala, I. (1991). *Unamuno y el pensamiento dialógico: M. de Unamuno y M. Batjín*. Barcelona: Ed. Anthropos.
- Zavala, I. (1963). *Unamuno y su teatro de conciencia*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.